

El ‘Narco Sur’ y el atlas del contrabando

- Bajo la geografía provincial, la costa de Andalucía esconde la forma (secreta) de una cruz de planta griega. Basta contemplar un mapa antiguo, uno de esos venerables



Social Issues

<https://www.lavanguardia.com/local/sevilla/20240216/9520839/narco-sur-atlas-contrabando.html>

Carlos Mármol

Viernes, 16 febrero 2024

Bajo la geografía provincial, la costa de Andalucía esconde la forma (secreta) de una cruz de planta griega. Basta contemplar un mapa antiguo, uno de esos venerables grabados que hacían los artesanos que empezaron a trabajar con la imprenta, para entender la razón por la cual en la España meridional –y en concreto en el espacio que se extiende a ambos lados del Estrecho de Gibraltar, tanto hacia el Este como en dirección al Oeste– convergen desde hace años las rutas de la droga que van camino de Europa del Norte: Amberes, Rotterdam o Hamburgo.

Tarifa es el pie figurado de esta cruceta real e imaginaria. Sanlúcar, en la desembocadura del Guadalquivir que separa Cádiz de Huelva, es el brazo occidental del aspa; la Costa del Sol funciona como su extensión oriental. La cabeza de la cruz se situaría en la zona de influencia ubicada alrededor de Sevilla, la estación término de los antiguos galeones americanos.

Andalucía (1712)

Giovanni Battista da Cassino, Simone Durelli

Después de los mapas vienen las palabras. Toda cultura comienza con la creación de un diccionario. Los contrabandistas del Sur hace décadas usan su propio léxico: gomas (lanchas rápidas), vuelcos (robos entre bandas), bultos (fardos de hachís), alijar (transportar droga), bosquimanos (los portadores que recogen el costo en las playas), guarderías (almacenes), latas (pequeñas embarcaciones que recolectan los fardos de droga lanzados en alta mar) o puntos (los vigías a sueldo que controlan los movimientos policiales desde motocicletas).

El paisaje de la droga altera la tierra con los dominios lacustres: discurre entre las marismas donde se cultiva el arroz al Miami malagueño, atravesando comarcas del interior como La Janda, donde está Barbate. En este paralelogramo, el corazón de la Baja Andalucía, circulan las mercancías ilegales que enriquecen a los clanes de contrabandistas locales. Primero fue el **tabaco**. Después, el hachís. Cada vez más son la **cocaína** y las tripulaciones de sombra de los inmigrantes que –desesperados– se ponen en manos de las mafias que operan a ambos lados del Estrecho para cubrir la travesía (muchas veces mortal) entre Marruecos y Europa.

Mapa antiguo de la desembocadura del Guadalquivir en Sanlúcar

Nada nuevo bajo el sol ancestral del Mediodía, que ha visto llegar y derrumbarse a todas las civilizaciones de la historia occidental. Hace ahora algo más de seis años, un grupo de veinte encapuchados asaltó con fusiles y pistolas un hospital de La Línea (Cádiz) para rescatar a un narco detenido. ¿Realismo mágico? En absoluto. Negocios. Los carteros de la droga, muchos de ellos curtidos en los oficios y las tareas marítimas, hacen su trabajo; la Guardia Civil cumple (como puede y cuando puede) con el suyo. Ambas partes libran desde hace décadas una guerra de resistencia donde las batallas y duelos –navales– se alteran con los armisticios.

La pesca artesanal, la única industria tradicional, comenzó a agotarse en Cádiz hace más de cuarenta años. Desde entonces el *chocolate* sustituye a los portes de pescado. La economía de la necesidad se impuso a la cultura marinera. Lo que emergió de este cambio es un negocio distinto, a otra escala, que primero permitió la supervivencia material de mucha gente –a costa de violar la ley– pero más tarde evolucionó hasta transformarse en un artefacto mecánico capaz de hacer mucho dinero de forma demasiado fácil. Cargar, *ronear*, descargar. Y cobrar.

El Estrecho de Gibraltar en un mapa grabado por los herederos de Juan Bautista Homann, geógrafo del Kaiser de Prusia (1715)

Las rutas del comercio ilegal en Andalucía la Baja, por fuerza, tenían que dislocar su frágil ecosistema social, castigado por lustros de escasez y austeridad. Quien tiene dinero quiere enseñarlo. Y quien paga (en Cádiz y en cualquier otra parte) desea mandar. El problema es que la droga también comenzó a cobrarse víctimas en muchas localidades de la costa. Ahí surgió la oposición social –que es el sentimiento mayoritario– contra los clanes de la droga, uno de los estigmas del Campo de Gibraltar, periferia de la periferia. Un territorio de frontera.

El negocio no tardaría demasiado en sofisticarse: el tráfico ilegal crecía y su base social –que originalmente sólo era familiar– se ensanchó. En una de las zonas geográficas más pobres de Andalucía, el dinero –por supuesto siempre en metálico– circulaba sin control. Los fajos de billetes pasaban de mano en mano. Había gente que ganaba fortunas sin esfuerzo. Otros, en cambio, sufrían. Blanqueo de capitales y corrupción, incluida la policial y hasta la judicial.

El ministro Grande Marlaska saluda a un agente en la capilla ardiente del guardia civil fallecido en Barbate. Eduardo Sanz

Nada es más difícil de combatir en esta vida que el lucro fácil. De ahí que la mancha (moral) del contrabando haya contaminado hace tiempo el litoral que va desde la Andalucía de las marismas hasta la Costa del Sol, incluyendo el paraíso fiscal de Gibraltar. La Línea, Conil, Barbate, Bonanza, Chiclana, Sanlúcar, Estepona. Incluso la Axarquía. Puertos de entrada y de salida de planeadoras. Enfrente, las inmensas playas que discurren desde Ceuta hasta Tánger. Y Marruecos, la mayor factoría del hachís y el último balcón de África con vistas a Europa.

Una extensa red de caminos, autovías fluviales y carreteras secundarias tabulan el mar y vertebran este universo donde los clanes de contrabandistas circulan a plena luz del día en lanchas de alta velocidad cargadas con *chocolate*, igual que la que hace unos días arrolló a dos agentes de la Guardia Civil en Barbate. Como en el *Far West*, las reglas que gobiernan este territorio nada tienen que ver con la ley. La indisciplina y la delación se pagan. El riesgo se cobra y la colaboración se recompensa. Dudar significa ser excluido de la tribu familiar.

La Guardia Civil persiguiendo a una narcolancha Imagen del Servicio Marítimo de la Comandancia de Algeciras (Cádiz)

Guardia Civil

Muchos acaso no lo recuerden, pero a finales de los años noventa, en este mismo enclave, el partido político del constructor Jesús Gil intentó fundar un imperio. Presentó candidaturas a nueve alcaldías del litoral de Málaga y Cádiz. Gobernó Ceuta, Barbate, San Roque, La Línea, Estepona o Manilva y obtuvo ediles –casi un centenar– en todas las circunscripciones, sin abandonar Marbella, la Jerusalén de su trama de intereses financieros e inmobiliarios.

¿Qué buscaba Gil con el control de este territorio? Sin duda, los beneficios combinados entre el comercio ilegal de mercancías, el blanqueo de las ganancias resultantes, la especulación inmobiliaria y las inmensas plusvalías que deja una actividad donde al piloto de una lancha no le pagan menos de 30.000 euros por viaje, un alijo recogido en la playa se cobra a razón de 2.000 o 3.000 euros y cualquier heraldo entre una embarcación y una *guardería* no se mueve de su casa por menos de 15.000 euros. Igual que en la América de la fiebre del oro.

Lee también

Andalucía en modo escaparate

Carlos Mármol

El Estrecho es, desde entonces, una taifa que se extiende por las once (escasas) millas náuticas que separan Andalucía de Marruecos. En ella operan desde hace cuarenta años las distintas sagas de narcos, para los que el disimulo y la discreción han dejado de ser hábitos, las armas de fuego se han convertido en sus herramientas y los contactos con otras redes internacionales –desde Colombia al Sur de Italia– son un elemento más de su negocio, que se ha tecnificado.

Todos los contrabandistas saben los horarios y los turnos de la Guardia Civil, se comunican a través de redes privadas de mensajería encriptada y usan radares marinos y drones acuáticos, algunos fabricados en Castellar de la Frontera por una familia, para sus fletes. La diferencia entre los actuales

señores de la droga con respecto a los pioneros del contrabando en el Sur es que con los últimos –y en esto existe unanimidad– se podía negociar y, sin dejar de ser peligrosos, no disfrutaban ejerciendo la violencia, que siempre era un accidente sobrevenido.

[Lee también](#)

Bruselas y la Andalucía fantástica

Carlos Mármol

Sus herederos, en cambio, no entienden de *leyes viejas*: ganan fortunas cada día, les gusta que su riqueza se note y ejercen su influencia social de forma soberbia. Saben que los juzgados no dan abasto para tramitar las causas que tienen abiertas, cuentan con fondos para pagar buenos despachos de abogados, tienen solvencia suficiente para salir de la cárcel tras abonar su fianza y no les importa acosar a la Guardia Civil, cuyos medios materiales y tecnológicos son inferiores a los que tienen los clanes, que también acusan a los mandos de las fuerzas de seguridad –para desactivarlos– de abreviar en la negra olla de la droga. No siempre es falso.

El negocio no se detiene. Sólo muda de embajadas. La Costa del Sol, Valencia y el resto de Levante son los enclaves alternativos de expansión cuando la situación se complica en el Estrecho. Los hábitos también son diferentes: los conflictos entre bandas que compiten entre sí ya no se resuelven mediante pactos, sino con ajustes de cuentas y sicarios. Nadie se tapa.

[Lee también](#)

Andalucía y la ‘sequía asimétrica’

Carlos Mármol

España no tiene en su frontera Sur sólo un problema con la inmigración. Ha incubado una narco-región. Las cifras de operaciones, incautaciones y detenciones no demuestran el éxito del Gobierno en la lucha contra el contrabando de droga. Son la evidencia de su fracaso y una señal –inquietante– de la inmensa magnitud del problema. Pensar que la *colombización* de Andalucía no tendrá consecuencias políticas es pura ingenuidad. Cuando un guardia civil es hostigado o asesinado mientras se jalea a los autores de su muerte desde un puerto seguro, como ha sucedido en Barbate, es que la sociedad ha regresado a los tiempos del circo romano.

[Lee también](#)

Narcisismo y balanzas fiscales

Carlos Mármol

Torturas, déficit y mortificación

Carlos Mármol